

# EL AGUA Y LA PALABRA

## Antología de Relatos. IV

Penélope y  
un mar de mentiras.  
Sal marina.

---

CELIA CORREA GÓNGORA

El aljibe.

---

ENRIQUE MORÓN

Ecos reflejados  
en un lago.

---

MIGUEL ARNAS CORONADO



# Penélope y un mar de mentiras

---

CELIA CORREA GÓNGORA

**U**LISES era un aventurero con la pose estudiada de Errol Flynn y la mirada altiva de quien no termina de creerse que es mortal, ciertamente, sus brazos eran torneados como los de un dios y sus piernas recias y musculosas como las de un atleta griego. Penélope por el contrario, era dúctil y manejable como los tallos de una mimbre y retraída como los rayos de sol en los días de invierno; era pusilánime y miedosa hasta el punto de que cualquier imprevisto la perturbaba, le tenía pavor a las olas y terror a las tormentas; no era, desde luego, la mejor compañera para un hombre que soñaba con tocar el horizonte.

Se conocieron un mediodía, mientras Penélope cosía de espaldas a mar. Él la miró y ella, imprevisiblemente, le sostuvo la mirada. Se intercambiaron nombres y direcciones y dos meses después ya eran novios. Cada tarde Ulises llevaba a Penélope a pasear por la orilla de la playa, intentando deslumbrarla con la luz de los crepúsculos y la profundidad de la lejanía.

Durante siete años se amaron febrilmente bajo las puestas de sol, haciendo planes de futuro, como hacían la mayoría de las parejas, pero cuando al fin se decidieron a fijar la fecha de la boda, resultó que habían elegido el peor de los momentos, pues acababan de cerrar el astillero de Ítaca, circunstancia que Ulises no dudó en aprovechar para poner mares de por medio, entre la apacible Penélope y su imperiosa necesidad de aventuras, enrolándose en el primer barco que zarpó.

Una mañana, Penélope palpó un vacío al otro lado de la cama; se engañó diciéndose que Ulises habría salido a pescar y regresaría a la hora del almuerzo; pero al atardecer, todavía no había dado señales de vida. Uno por uno fue recorriendo los tugurios del puerto, pero todos esquivaban su pregunta, con el argumento que aquello no era asunto suyo; fue un viejo marinero con la voz quemada por el ron y el tabaco de pipa, quien le dijo sin apartar los ojos de la lejanía:

– Tu amante, se ha echado a la mar, pero tranquila, es un trotamundos y los trotamundos siempre acaban regresando para volver a marcharse.

Como si fuera la sufrida protagonista de un cuento romántico, a partir de ese instante, los días de Penélope estuvieron marcados por la efervescencia de la esperanza, que es una manera como otra cualquiera de luchar contra la melancolía, algo le decía en su interior que mañana, tal vez pasado mañana o acaso dentro de mil años, Ulises regresaría. Cuenta que durante veinte años, malgastó los días esperándolo y las noches soñando su aliento caliente.

Todas las mañanas, se entregaba a la encomiable tarea de mantener ordenados y limpios los utensilios de aseo de Ulises: su maquinilla y su brocha de afeitar, su cepillo de dientes, su peine, su colonia, su desodorante..., ordenaba con esmero su ropa, lustrando y abrigando un único par de zapatos que habían terminado por deformarse olvidando la forma de los pies de Ulises.

Y fue pasando el tiempo, un tiempo en el que los días dejaron de ser días para convertirse en el disfraz de la noche; pasaron muchas primaveras y demasiados inviernos y fue un día de calor pegajoso de mitad de julio,

cuando al puerto de Ítaca arribó un barco, en cuya proa, Penélope creyó distinguir la figura de alguien que le resultaba bastante familiar; sin embargo, acostumbrada al desengaño, se negó a dar crédito a lo que veían sus ojos, por eso, cuando lo descubrió contemplándola desde el umbral de la puerta, lo miró con el recelo de quien cree estar viendo una aparición, al tiempo que el corazón le daba un brinco; cierto es, que el hombre que tenía delante, no era el Ulises brioso y gallardo que ella recordaba, sus cejas eran del color de la sal y sus ojos, en lugar de dos mares, parecían dos charcos de agua turbia; aún así, conservaba la forzada apostura de un actor venido a menos, vestido con aquel jersey de lana sucia y aquellos pantalones viejos y descoloridos; sintió que el hombre que tenía delante era un extraño; sin embargo, en el preciso instante en que él la abrazó, volvió a desear ser el sudor de sus axilas, la niña de sus ojos, la saliva de su boca.

– ¿Por qué has tardado tanto, mi amor? –, sollozó, aferrada a su cintura, temerosa de volver a perderlo.

– Me fui a correr mundos –, contestó Ulises contemplado el rostro otoñal de Penélope.

– No me importa que te fueras, ni dónde hayas estado, pero al menos, dime, quiénes son esas mujeres cuyos nombres llevas tatuados en el brazo.

– Un hombre sobrelleva la falta de agua o de comida, pero sin los brazos de una mujer es un hombre perdido.

– Tú tenías que sobrevivir, pero yo he malvivido los mejores años de mi vida. Te he amado día y noche, Ulises.

– Yo también, Penélope, sólo que a través de otros cuerpos...

Penélope hubiera querido responderle, pero su respiración era ya de bramante y su voz un puro gemido, porque Ulises iba y venía por su cuerpo con frenética desmesura. Esa noche y por primera vez en mucho tiempo, volvió a desabotonarle la blusa, a lamerla, a quemarla con su aliento de botella, a recorrerla de pies a cabeza, mientras le iba susurrando palabras obscenas.

Amanecía. La tonalidad del mar mudaba del azul añil hacia un azul resplandeciente, como las escamas de un pez.

– Me recuerda el cuerpo de una sirena –dijo Ulises sin tener en cuenta la escochedura de los celos de Penélope.

– Tus manos me excitan, Penélope... tienes manos de diosa, de ninfa... –musitó Ulises, volviéndose a equivocar.

Las colinas de Ítaca emergían entre la calima dorada y violenta de aquel amanecer de julio. El balcón de la casa de Penélope y Ulises dominaba el mar desde la cima de un acantilado, a cuyos pies las olas se estrellaban, con un estertor de trueno.

– El marinero tenía razón –musitó Penélope.

Luego, tomando a Ulises por el brazo, lo arrastró hacia el balcón mientras le decía:

– Ven conmigo, mi amor, pero tápate los ojos que quiero darte una sorpresa.

Los primeros bañistas que vieron el bulto acercándose a la playa, creyeron que se trataba de un pedazo de madera a la deriva. Pero cuando el cuerpo quedó varado en la arena, fue cuando descubrieron que se trataba del aventurero Ulises, que regresaba para quedarse definitivamente en Ítaca.

## Sal Marina

**N**O ES DE DÍA NI DE NOCHE, es esa hora fangosa en la que las formas contienen el aliento, en la que cualquier distancia, cualquier palabra o cualquier abrazo pueden resultar un espejismo. Sobre la cama dos cuerpos se enredaban en una rutina de aparente voluptuosidad, el crepúsculo, sin embargo, mitigaba con un desgarro de aurora boreal la salada blancura de las sábanas. Cae la tarde. Cae la noche. Algo cae y Marina respira suspirando recostada en el antebrazo de Tasio.

– Marina ¿me quieres?

Marina cierra los ojos, como si sus ojos tuvieran la facultad del lenguaje, como si esos ojos velados por los besos de otro, pudieran gritarle a Tasio el por qué de su silencio.

– Marina, ¿tú me quieres?

Marina mira hacia el mar, hacia ese océano disfrazado de horizonte, saborea la sal de otra playa y la saliva de otra boca. Hoy hace ya una eternidad de olas que no lo ve, fue frente a este mismo mar y a una hora parecida, el Mediterráneo respiraba una brisa fría del norte, de ese norte donde él le dijo que siempre la estaría esperando. Marina revive su perfil equino y su frente untuosa y anillada y el alquitrán de sus ojeras como zanjas y sus músculos tan náuticos y tan experimentados y ese banco de peces azules que él le iba trenzando alrededor del cuello; entonces sí que supo Marina lo que significaba reptar bajo las axilas oxidadas de un hombre, batirse contra la tempestad de su vientre duro como de un bronce naval, trabada al levadizo andamiaje de su esqueleto, a las pestañas oscuras de su torso oscuro, agotadas las tardes, agotados los dos, sobre aquella pleamar de arenas movedizas.

–Marina, respóndeme, por Dios, ¿tú me quieres?

–Nunca sabrás deshacer la cama como él deshacía la arena bajo mi cuerpo.

Un cuajaron de crepúsculo apelmaza las dudas del faro y un enjambre de algas anida sobre la costra del oleaje y Marina izada sobre el ventanal parece un Ícaro con alas de sábana.



# El aljibe

---

ENRIQUE MORÓN

**H**OY HE VUELTO a Granada después de cerca de cuarenta años de autoexilio. He llegado al carmen que fue de mis padres y lo he encontrado, a pesar de su abandono, cuidado con cierto esmero, yo diría que con un indisimulado cariño. Dolores, mi vecina, apenas si puede tirar de su edad, pero a pesar de sus ochenta años ella se afana en cuidar el vasto jardín poblado de arrayanes, rosales, jazmines y los más variados frutales de los que ella se nutre para aliviar su subsistencia. Yo, puntualmente, le mandaba dinero desde Francia para los cuidados más perentorios. Ella ha sabido atenderlo todo, dentro de las escasas posibilidades que daba mi pequeña asignación para dichos menesteres.

Estamos en primavera de 1977. Acaban de legalizar el partido comunista y he pensado que ya es la hora de mi vuelta a España. Al entrar en mi vieja casa he sentido tal estremecimiento que por unos momentos creí desmayarme. ¡Cuántos recuerdos! He abierto una ventana y ante mis ojos

aparece la Alhambra con todo su esplendor. Tanta belleza anega mis ojos y me siento profundamente solo. Después bajo al jardín. Paseo por él como si fuera un advenedizo. Miro el aljibe, semiderruido, con tembloroso estu-  
por. Una contenida ira oprime mis encías. Silencio. Camino unos metros hacia el sur de la huerta y me sitúo bajo un alto ciprés que antes de mi mar-  
cha no existía. Cierro los ojos por un momento. En el tronco de dicho árbol observo una inscripción modelada, concienzudamente, a golpe de navaja: “Que en paz descanse”. ¡Cómo es posible! ¿Quién sabía el secreto? ¡Todo es tan extraño! Junto al ciprés hay un viejo banco de piedra. Me siento en él y empiezo a recordar.

....

Corría el año 1940. Granada, después de la guerra, era una ciudad aho-  
gada en llanto. Los fusilamientos en las tapias del cementerio se oían des-  
de esta huerta con cierta nitidez. Un miedo contenido apesadumbraba  
el barrio del Albaicín pues, como es sabido, dicho barrio ofreció una gran  
resistencia al golpe de estado del 36 y la represión y venganza no se hi-  
cieron esperar.

Yo entonces era un joven, casi adolescente, que acababa de empezar  
la carrera de Filosofía y Letras y estaba al margen de la política. Mi padre  
era profesor de dicha facultad y su único pecado fue simpatizar con la iz-  
quierda. Era un hombre culto, respetuoso y respetado. Tras el fusilamiento  
de García Lorca, amigo suyo, cayó en una enorme depresión. Y eso, en  
principio, fue lo que le salvó de la muerte. Cuando las Escuadras Negras  
vinieron a detenerlo, mi madre se abrazó a aquel ser ensimismado en su  
pena y les gritó a aquellos malvados:

—¿No veis como está? ¿Vosotros creéis que esto es justo? Su único  
pecado ha sido amar y respetar a sus semejantes. Nada malo ha hecho y  
nada malo hará, porque es un hombre eminentemente bueno. Dejadlo en  
paz y marchaos, por favor. Bastante tiene con su padecimiento.

Parece que aquellas palabras, tan hondamente sentidas, causaron su efecto y no le volvieron a molestar durante el resto de la guerra. Sólo un vecino llamado Miguel, antiguo jardinero de casa que integraba aquella banda de salvajes, parecía no estar de acuerdo:

–En eso se escuda usted, profesor, en el llanto de su mujer y de su hijo. Ya nos volveremos a ver.

Mi madre, ante tales amenazas y aquella diaria tensión, murió de pena antes de terminar la contienda. Y heme aquí en 1939, ya terminado el conflicto, a solas con mi padre enfermo, sin más porvenir que el día a día y escuchando, cada mañana, la monótona y horrible cantinela de las ciegas balas que herían de muerte los corazones y el aire del amanecer.

Dentro de la gravedad del momento, parecía que en mi casa reinaba una tensa calma. Dolores la vecina, mujer de confianza, nos procuraba lo más indispensable. Pero aún no había pasado un año cuando tocó a la puerta el malvado de Miguel.

–¿Está tu padre?– preguntó

–Mi padre está enfermo como sabes– le dije.

–Pues que no se crea que con el cuento de la enfermedad se va a librar de la justicia. Nos volveremos a ver.

Con estas últimas palabras se marchó dando un portazo.

Yo, joven inexperto, entré en el profundo lodazal del miedo. No quise decirle nada a Dolores puesto que ella, aunque prudente y sensata, podría sin querer irse de la lengua. Y desde aquel día sólo pensé en alguna argucia para salvar su vida que yo veía en continuo peligro.

No sabía qué hacer. Cualquiera pisada nocturna por las solitarias calles albaicineras se me antojaba la inminencia de un registro en mi maltrecho hogar. Mi padre había caído en tan profunda depresión que no se daba cuenta de nada. Había que actuar, mas no sabía cómo.

Una tarde, dando un paseo por el jardín, me vino la idea: el aljibe. Lo miré detenidamente. Estaba tan disimulado en un rincón del huerto, entre mastranzos y jaramagos, que apenas se notaba su presencia. Era un depósito de agua, posiblemente del tiempo de los moros. A pesar de su edad

permanecía en buen estado, aunque en desuso. Desde que era niño no había vuelto a entrar en él. Abrí la puerta de hierro de la entrada y bajé a sus profundidades con la ayuda de un mechero. Era lo suficientemente amplio para que cupiera una persona. Durante aquella noche, aprovechando el resplandor de la luna y con la ayuda de una linterna, me decidí al traslado de los justos enseres para sobrevivir allí el tiempo que fuera necesario. Cuando todo estaba preparado bajé a mi padre, que por desgracia no se daba cuenta de nada. Esta decisión me daba cierta tranquilidad pero, por otro lado, sufría una continua zozobra por si él me necesitaba. La situación era tensa y peligrosa. Finalmente decidí hacer un breve viaje

para buscar ayuda. En el aljibe dejé a mi padre con todo lo necesario. Me ausentaría aquella noche o poco más. No obstante eché un candado a la puerta metálica de la bóveda para mayor seguridad. Ni siquiera a Dolores le hablé de mis proyectos.

Antes de 24 horas ya estaba de vuelta en casa. Volvía contento, pues unos parientes de un pueblo de Córdoba, muy del régimen y por lo tanto nada sospechosos, habían decidido ayudarnos. Ellos se harían cargo de mi padre siempre que yo les escriturara una hermosa finca que poseía en la vega. De esta manera mi progenitor estaría cuidado y a salvo de las acechanzas e insidias de chivatos y somatenes.

Al llegar a casa, antes de entrar en ella, me dirigí al aljibe. Mi padre me podía necesitar aunque le dije que iba a tardar sólo unas horas. Antes de marcharme me dirigió una sonrisa que me tranquilizó. Todo marcharía bien con los proyectos que traía sobre su porvenir. Cogí la llave del candado con tanto temblor que tardé varios segundos en abrirlo. Por fin logré abrir la puerta. ¡Qué extraño! Todo estaba oscuro. –¡Padre, padre– grité. Nadie respondió. Con temblor cogí la linterna que llevaba en el bolso y al encenderla presencié con horror lo sucedido: el aljibe estaba lleno de agua y mi padre flotaba ahogado sobre ella. Creí desmayarme. No daba crédito a lo sucedido. Con el corazón destrozado me senté junto a la puerta de hierro. Tras unos minutos de llanto reflexioné. Ya era tarde y no debía de pedir auxilio. Nadie me creería, pues mi familia no significaba nada en la

nueva sociedad franquista. Es más... me podían culpar de asesinato. Ya podía Miguel descansar tranquilo. Al fin había conseguido sus siniestros propósitos. No era necesario investigar ¡La ingratitud engendra cuervos! Sólo con mirar la intencionada canalización de la acequia estaba todo claro. El agua había sido conducida a la entrada del pozo, que aunque obstruida por el tiempo, él había perforado con relativa facilidad. Lo demás, imagino, fue nada más que esperar, pues el desagüe de tan antiguo ingenio estaría igualmente tapado. Así pues las cristalinas aguas de la acequia de Aynadamar o fuente de las lágrimas, que hacen feraces los huertos del Albaicín sirvieron, en este caso, para consumir tan horroroso crimen. Las pruebas estaban ahí, pero a mí no me creerían. Yo no pertenecía al sistema y, sin embargo, Miguel sí ejercía de triunfador con todos los honores.

Una vez sosegado decidí obrar por mi cuenta. Ya entrada la noche saqué el cadáver del pozo. Busqué un pico y una pala que había en el trastero y con estoica serenidad fui abriendo un profundo hoyo en donde enterrar el cuerpo. Al amanecer no quedaban de aquella improvisada sepultura más que dos pulgadas de blanda tierra que había sido allanada con la pala. Ni siquiera me brotaron lágrimas para regar la removida superficie. A la tarde siguiente bajé de nuevo al aljibe y pegué un papel en la puerta de hierro que decía: "Miguel, asesino". Al otro día, tras comunicarle a Dolores que mi padre estaba en casa de unos parientes, me despedí de ella. Sólo le dejé las llaves del carmen, mientras esperaba noticias mías.

....

Hoy he vuelto a Granada después de cerca de cuarenta años de autoexilio. Tras aquellos sucesos me marché a París. En Francia la vida no me fue fácil. Después de la segunda guerra mundial, en donde luché en la resistencia, hice todo tipo de trabajos para poder subsistir. Con el dinero que ahorra, me fui costeano la carrera de Filosofía que había iniciado

en España. Oposité a profesor de Instituto, que allí se llama Liceo, y posteriormente me jubilé.

–Te traigo una limonada– me dice Dolores que aparece entre los arbustos.

–Muchas gracias. Siéntate conmigo.

Ella se sienta en el banco y le pregunto:

–Tengo una curiosidad. ¿Quién ha grabado en este ciprés: “Que en paz descansa”?

–He sido yo– me responde.

–¿Pero... tú que sabías?

–Yo lo sabía todo. Desde mi ventana vi sacar el cadáver de tu padre y vi como lo enterrabas. Soy la única vecina con vistas al huerto.

–¿Entonces...?

–Como ya estaba el daño hecho preferí callar por miedo a que me implicaran. En aquellos tiempos no se podía hacer otra cosa.

–¿Y Miguel, cómo descubrió el escondite?

–Ese hombre, de puro malo no dormía. Os la tenía sentenciada. Siempre estaba al acecho. Para él todo era cuestión de tiempo, hasta que llegó el momento.

–¿Y el ciprés? Antes no estaba este árbol.

–Lo sembré yo, como recuerdo y homenaje. A tu padre yo también lo quería, pero fue un amor imposible. Mejor no hablar de eso.

–Dolores, Dolores, cuánto me reconforta volver a verte.

–Lo mismo digo. No quería morirme sin volver a mirar tus ojos tristes que tanto se parecen a los suyos.

–¿Y el malvado de Miguel, qué fue de él?

–Miguel murió ahogado en el mismo pozo.

–¿En este aljibe?

–Exactamente. En donde tú dejaste escrito: “Asesino”.

–¿Y no se sabe cómo fue?

–Nunca se lo he contado a nadie, pero a ti debo decírtelo.

–Soy todo oídos.

–Como el ladrón siempre vuelve al lugar del crimen, él volvió y yo, que permanecía vigilante, me escondí tras unos arbustos. Se asomó al pozo con la inevitable atracción del horror y la curiosidad. Allí le esperaba la muerte. Solamente tuve que empujarle. Cuando, tras varios días de búsqueda, fue hallado en este lugar, la justicia, después de una somera investigación, certificó que había sido un accidente. No fueron muy diligentes ni muy profundos en las pesquisas, pues en el fondo, a los políticos de entonces les estorbaba aquel malvado bocazas que, si les había sido útil durante la guerra, ahora se había convertido en un estorbo. Y a mí no me quedó ningún reparo. Hice lo que tenía que hacer.

–Eres una mujer de valor.

–Mi profundo amor por tu padre no tenía otra respuesta.

....

Hoy he vuelto a Granada después de cerca de cuarenta años de autoexilio. Dolores, tirando de su reuma, se ha marchado a su casa. Con ella tengo el consuelo de la amistad y el deber de la gratitud.

Estoy sentado debajo de este viejo ciprés donde canta el ruiseñor. Sólo espero de la vida un poco de paz y tranquilidad, y cuando llegue la hora de mi muerte me gustaría dormir bajo la tierra en donde duerme mi padre. La brisa trae a mis sienes plateadas el rojo aroma de la Alhambra. A lo lejos se oyen plañir los surtidores. Silencio.





# Ecós reflejados en un lago

---

MIGUEL ARNAS CORONADO

LUEVE. Llueve como quien apedrea, llueve como si el aire se volviese agua. Miro la lluvia desde la ventana sin cristales, evitando las goteras. Soporto las corrientes de aire que atacan como oleadas desde las trincheras. Sin embargo, lo que veo me compensa. Entre la lluvia, el lago salpicado es la cara de un virolento, una cara cambiante, de costumbre oscurecida o clareada según las nubes vayan o vengan, aunque hoy las nubes ni van ni vienen, se quedan. El lago no refleja hoy nada sino a sí mismo, introvertido, cauto, atrayente como una diablesa de los bosques, renegrado, acaso uno de esos lugares en el universo que, atravesando su superficie o siendo absorbido por ella, nos conduce a un universo opuesto, quizá simétrico, paralelo.

Aquí hay muchos lagos pero cada uno está solo, eremitas devotos, más que de un dios, de la soledad misma.

El barracón me sirve de refugio invernal, cuando en la zona no hay nadie y, como mucho, se ve pasar algún grupito de montañeros a lo lejos,

calzados con esquíes o encordados. Fue construido cuando el furor de las represas eléctricas. Horadaban las montañas con grandes tubos y dejaban caer todo el peso del agua sobre las turbinas. A veces, pegaba uno el oído a la tierra y la escuchaba bramar ofendida. Luego fuimos los excursionistas de los años heroicos, cuando por aquí corríamos sólo cuatro chiflados que aprovechamos estos tinglados para abrigo y descanso en verano, porque en invierno se atrevían únicamente algunos alpinistas muy expertos. El desuso y el mal uso fueron deteriorándolos. Hubo un tiempo en el que hasta aquí llegaban, no amantes de la montaña, sino toscos melenudos que buscaban estas soledades para retozar con sus amigas y fumar sus repugnantes cigarrillos. Al principio, uno podía encontrar en la alacena galletas, mermelada, leche condensada que habían dejado otros que a su vez habían hallado esas vituallas dejadas por anteriores visitantes. Luego, los peludos arramblaron con todo.

Ellos no eran más que vividores, hedonistas que exprimían la vida. Pero su aparición no fue sino un primer síntoma.

Como primera medida, las autoridades iniciaron la protección de estos parajes prohibiendo la acampada libre. Continuaron impidiendo la circulación de vehículos privados por las veredas que acercan al lugar. Estas disposiciones favorecen el negocio de algunos, sí, pero también resguardan la integridad de lagos, montañas, bosques y prados. No sólo se indignaron los melenudos. Pero la gente se acostumbró y ahora suben en masa, aprovechando los días soleados y cálidos. Unos pocos, sabios, caminan apartándose de los rincones frecuentados y durante unas horas viven llenando los pulmones de algo más que gregarismo. Puede vérselos bañarse desnudos en las aguas heladas o comer retirando prudentemente los desperdicios o abandonar aquello que los animales no tardarán en devorar. Lo extraño es que se ve felices tanto a éstos como a los que no pueden vivir sin dejar rastros inmundos de su presencia acá o allá; los primeros porque respetan al monte, los segundos porque la irresponsabilidad no produce a menudo sino un ahondamiento en la estupidez: abandonan papeles grasientos, envases, plásticos, ensucian el agua o defecan en medio

de las sendas tan trabajosamente pisadas e indicadas por los montañeros. Persiguen a los animales o dejan flotantes desperdicios en el impoluto espejo de los lagos. En ocasiones, gritan como posesos, como lo harían en una discoteca, haciendo pensar a rebecos y garduñas que los humanos no somos sino una escoria engreída y peligrosa, no depredadora sino idiota.

Y sin embargo, el lugar en toda su amplitud invita al éxtasis. A menudo se ve temblar un árbol en el reflejo del lago, o una flor demuestra por qué merece la pena estar vivo y atento. El silencio es tan sagrado como puede serlo el de un templo y los colores de los que son capaces cielo, lagos, nieve, piedras, nada tienen que envidiarle al de las vidrieras que muestran historias de santos. Descubrir un lago al superar un repecho es una aparición divina, la de un dios o la de la persona amada, oler la tierra húmeda de las riberas deja en mantillas a todos los inciensos del mundo. En ocasiones, los lagos son un secreto susurrado, la revelación de un universo de placer que reúne el del amor, el arte o la amistad. Gritar o contaminar de cualquier forma este paraíso es blasfemar en una capilla, emborronar un cuadro en un museo, emitir ruidosas ventosidades en un concierto, y la gente no evita en absoluto hacerlo.

Fue en ese contexto que surgió el Viejo. Surgió o emergió como cuando un volcán revienta en el fondo marino y primero salen burbujas que algunos afirman haber visto, para acto seguido aflorar piedras disparadas hacia el cielo que luego caen y que sólo ven ciertos arriesgados. También él era casi invisible. Al principio se murmuró que era un engendro que recordaba al abominable hombre de las nieves. Vestido de pieles, se decía, era de tamaño descomunal e iba armado de una garrocha. Luego se demostró que sólo era cierto este último asunto. Rugía y amenazaba con lo que parecía una maza de guerra prehistórica a quienes osaban dejar restos en los lugares donde habían comido o reposado. Nunca se presentó ante grupos numerosos. Corrió la anécdota de su aparición ante un chiquillo al que, con muy buenos modos y sin enarbolar su porra, conminó a meter en su mochila la lata de refresco vacía. La guardia civil lo persiguió para evitar algún desaguisado. Nunca fue encontrado ni él ni su madriguera o refugio.

La versión oficial afirmó que se trataba de un oso al que algunos cazadores intentaron dar muerte. Uno de ellos que se durmió junto a su escopeta, no la encontró al despertar.

La historia me sedujo nada más la escuché. Desde luego, no creí en osos ni en yetis. El personaje se convirtió en mi imaginación en una especie de justiciero, un superhéroe de tebeo rematador del trabajo de las autoridades que habían convertido aquella región, tan amada por mí, en parque natural, con toda la parafernalia de protecciones, prohibiciones y visitas guiadas, lo que no reducía sino mínimamente la contaminación de toda clase que el exceso de turistas generaba. Dedicué una vacación veraniega a recorrer yo solo los circos glaciares, los picos, las vaguadas que conservaban conchestas de nieve, los refugios montañosos y esos barracones construidos para los trabajadores de las represas eléctricas, los bosques, los lagos, las pedrizas cuajadas de pedruscos enormes bajo los cuales podía emboscarse cualquier animal o persona. No encontré nada. Cuando me acercaba a los grupitos de veraneantes, algunos aseguraban haberlo visto pero mi sensación siempre fue que inventaban detalles y situaciones. Incluso muchos alardeaban de haber puesto en fuga al Viejo para impresionar a sus hijos o esposas. Penoso.

Volví a casa en absoluto desilusionado. La historia de ese Viejo me apasionaba pero había gastado mi tiempo en estar donde deseaba estar. El susurro del viento en los lagos, la caricia rizadora, como la hecha sobre la carne que se eriza, la caricia que hace rielar la luna, los peñascos severos y hospitalarios, los árboles como monjes imprecantes, el rebeco que levanta la cabeza movido por un resorte instintivo, fueron un regalo que hubiese querido prolongar indefinidamente.

Aquel año fue nefasto para mi vida. Me quedé sin familia, me abandonó la persona amada, perdí mi trabajo. Apenas pensé en el Viejo loco y la gente a quienes amenazaba. Me consolaba sentarme en los parques públicos, bajo los árboles inmensos, escuchar las fuentes domésticas, observar a los gorriones que se remojaban en ellas. No tenía dinero para subirme a un tren y rendirles pleitesía a mis queridas montañas, a los bosques, los

lagos, los pájaros silvestres. Me fui hundiendo y sólo conseguí alegrarme el final de la primavera. La nieve empezaba a fundirse allá lejos, en aquellas alturas queridas. Me prestaron algo de calderilla, metí en una mochila mis pertenencias y todo lo que encontré de abrigo a pesar del calor de junio, y viajé hasta la región del norte. En un pueblo compré, con mis últimos posibles, algo de comida que se pudiese conservar. No tenía ningún plan, sólo buscar al Viejo y preguntarle por qué y sobre todo, para qué, si sólo conseguía amedrentar instantáneamente a algunos tipejos convencidos de que los restos que dejaban sin siquiera ocultarlos bajo piedras, los gritos o los aparatos musicales al máximo volumen, carecían de importancia, y que si se les recriminaba su actitud, sólo sabían hablar de derechos.

La región estaba ocupada por seis circos glaciares, casi cien lagos, picos que rozaban los tres mil metros y bosques que eran como tupidas telas de araña. El agua era la reina indiscutible, y sus fieles vasallos, la piedra, el árbol, el cielo, las nubes y la nieve, la hierba, los líquenes, el musgo y un sinfín de alimañas, rebecos, jabalíes, ratones, truchas, insectos de todo tipo, no hacían sino rendirle pleitesía como a una diosa prehistórica de la belleza y la abundancia, ubérrima, húmeda, diáfana. Quizá ese culto que le rendían tenía que ver con el narcisismo pues todos ellos, nubes, piedras, árboles, animales, nieve, se miraban en aquellas superficies opacas de los lagos o en las musicales de los innumerables regueros paridos por los lagos o que formaban su subsistencia. También yo empecé a mirarme en ellos. Algunas noches alunadas eran propicias para ello. Me había crecido la barba y el pelo, que ya era abundante al principio del verano, me cubría los hombros.

Con las primeras nieves me entró miedo, bajé al pueblo, donde había estado algunas veces para comprar comida, aunque el bosque me había enseñado a conseguir algo, conseguí algo de dinero, me pelé y afeité y tomé un autobús que me devolvió a casa. La ciudad estaba tan vacía como mi habitación. No había nieve, pero el frío era infinitamente más intenso que allá arriba. Los parques públicos eran como la aspirina para un dolor intenso. El miedo me parecía ahora ridículo, y sin embargo, cuando empe-

zaba a meter mis cosas en la mochila y miraba mi viejo saco de dormir o mi anorak de montaña, pensaba que todo aquello se me quedaría corto y desistía. Así pasé un invierno como quien en la cárcel está pendiente de una llamada que puede significar la ejecución o la libertad. No esperé a junio. Cuando el primer soplo de aire cálido recorrió la ciudad, me subí de nuevo al autobús y volví allá. Si alguien me hubiese preguntado para qué volvía lo habría mirado como quien mira a uno que le habla en otro idioma. De hecho, cualquier palabra empezaba a sonarme a otro idioma. La tendera del pueblo se alegró de verme, ignorante de que iba a ser una de las últimas veces que me vería.

Mi búsqueda era ya puro trámite, una excusa para recorrer los riscos, saltar sobre los arroyos que ahora bajaban espumosos y potentes, entrar en ciertos abrigos entre las piedras que había descubierto anteriormente. Volví a encontrarme con excursionistas que aseguraban haber visto al Viejo. Ya no me importaba y ni siquiera comprendía bien sus palabras. De hecho, empecé a rehuir a la gente, incluso a los montañeros tan amantes como yo de aquellos parajes.

Dormí junto a los lagos, donde me arrullaba el sueño el suavísimo oleaje de las aguas negras. Oteé desde los picos tratando de localizar un leve movimiento, un punto desplazándose entre los pedroches. Sólo vi corzos. Asusté a las ardillas, hablé con los caballos que pastan libremente en verano, bebí la leche de las vacas. No me lavé ni una sola vez, me duchó la lluvia, me limpió el lametón suave del agua helada de los lagos. Escuché el temblor de los truenos entonando canciones, voces y aleluyas familiares. Bajé laderas rodando.

Los atardeceres pardos de tierra, lilas de nubes, rojos de cielo, me acariciaron y las primeras heladas, mis adorables enemigas, me forzaron a meterme de forma permanente en este barracón desangelado pero acogedor como un útero.

Creo que nunca me acordaré del día en que ya no me percaté del paso de una semana. La primera nieve no cuajó. Sí lo hizo la segunda y me quedé aislado. Comí hierba, busqué ratones. En una incursión encontré una

cría de rebeco. No tengo ni idea de cómo pude atraparla. Sé que comí su carne requemada que logré cortar con un vidrio roto. El instinto exacerbado anula la conciencia. O casi. Cuando por fin pude bajar al pueblo, supe que no debían verme. Robé lo que pude.

Hoy sé que nevará después de esta lluvia. Escucho las eternas músicas que no se oyen. Este que ha pasado es el segundo verano. No he visto al Viejo. Ni lo veré. Tal vez no exista.

Durmiendo en el bosque apareció un ciervo y ya tuve un amigo. El barracón lleno de ratones me daba conversación y aprendí a chillar. En la primavera, los carámbanos improvisaron un órgano que tocaba solo. Me construí un trineo y me hice niño.

Fui cuerpo y lo sigo siendo. Subsistí como las marmotas, durmiendo y dejándome despertar por la flauta del viento, el tambor del trueno y el violonchelo del lobo. Me vestí de cortezas, sequé la piel del rebeco, me hice zapatos de madera. Hice el amor con el agua, la nieve y los pinos, con la tormenta y el sol. Ayer hice el amor con una trucha. Tal vez he perdido la razón, pero ya no la busco. He vivido y vivo, sólo deseo lo mismo a mis congéneres. No tengo razón ni utilidad, pero soy. No quiero ideas ni lógica, estoy absolutamente permutado y viviré eternamente. Anteayer, con un palo tremendo entre mis manos, chillé como un energúmeno a unos domingueros que tiraron una botella por un barranco. Gruñí, ladré, rugí. Bajé por ella y se la tiré a los pies. Con algo entre el pánico y la soberbia, la guardaron. Sentí odio.

Registrad los valles, vaciad los lagos si queréis, poned de rodillas a las montañas, que no me hallaréis. Me he vuelto impensadamente añejo. Calzo una mezcla de harapos, pieles, cortezas. Mi cabello es largo y blanquecino. La barba me roza el estómago. Me he vuelto piedra, árbol, hierba. Me he vuelto monte y viento. Me he vuelto nube y trueno. Me he vuelto agua y nieve. Me he vuelto Viejo.

